

Domingo Vigésimo Cuarto del Tiempo Ordinario A

“¿Cuántas veces le tengo que perdonar?”

La pregunta que Pedro hace a Jesús: “¿Cuántas veces tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?”, parece generosa, y con cierta apariencia de contabilidad. La respuesta de Jesús rompe esa mentalidad calculadora y abre horizontes sin límites: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”, es decir, perdonar siempre, en todo momento, de manera incondicional. El perdón de las ofensas debe ser una de las actitudes fundamentales del seguidor de Cristo.

El perdón es quizás una de las exigencias de nuestra fe cristiana que más adentro nos tocan, que hacen daño a nuestro amor propio, que más difíciles resultan, si de verdad nos lo queremos tomar en serio. Pero aunque sea difícil, y nos duela por dentro, sigue siendo verdad que el perdón y el no guardar rencor son uno de los puntales que sirven de medida para nuestra fe: porque un cristiano es precisamente aquel que es capaz de perdonar como Dios le perdona, aquel que busca ardientemente la reconciliación con los que se han enemistado, aquel que no quiere mantener la mala cara esperando que el otro reconozca su culpa y que ha obrado mal, aquel que no quiere hacer valer el derecho de la razón que se imagina tener.

Esta llamada de Jesús a vivir sin deseos de venganza ni de ganas de hacer pagar al otro lo que ha hecho, esta vocación de construir un principio de su Reino abierto, vivo y feliz en que todo esté lleno del amor infinito que el Padre nos regala cada día, es algo verdaderamente exigente que no permite escurrir el bulto. Solamente así podremos decir, de verdad, las palabras del Padrenuestro: “Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. El mundo del cristiano es el de la acogida y el perdón, que ha instituido Aquel que nos ha acogido y perdonado generosamente: “¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?” Esta es la gran lección de la parábola de este domingo.

No es fácil escuchar la llamada de Jesús al perdón, ni sacar todas las implicaciones que puede tener el aceptar que uno es más humano cuando perdona que cuando se venga. Pero perdonar no significa ignorar las injusticias sufridas, ni la ofensa recibida de manera pasiva e indiferente. Al contrario, si uno perdona es precisamente para destruir, de alguna manera, la espiral del mal, y para ayudar al otro a rehabilitarse y actuar de manera diferente en el futuro. El perdón es un esfuerzo por superar el mal con el bien. Es un gesto que cambia cualitativamente las relaciones entre las personas y obliga a plantearse la convivencia futura de

manera nueva. En el proceso del perdón, el que sale más beneficiado es el ofendido, pues lo libera del rencor y de la venganza, hace crecer su dignidad y nobleza, le da fuerzas para recrear la vida, le permite iniciar nuevos proyectos. ¿Quieres ser feliz un momento? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona.

¿Y cómo puede uno saber que ha perdonado? Cuando ya no se le desea el mal al otro, según las palabras de Jesús: "Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los os odian, bendecid a los que os maldicen" (LC 6, 27-28). Cuando se ha renunciado a la venganza, tal como enseña san Pablo: "No devolváis a nadie mal por mal; no os venguéis de nadie" (Rom 12, 17.19). Cuando uno es capaz de ayudar a su ofensor si lo ve pasar necesidad, como recuerda san Pablo: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber" (Rom 12, 20).

Perdonar es amar con un amor semejante al que Dios nos tiene. No es fácil perdonar. Para llegar a perdonar hay que experimentar, de verdad, el perdón de Dios. Cuando Jesús invita a perdonar "hasta setenta veces siete", está invitando a seguir el camino más sano y eficaz para erradicar de nuestra vida el mal. Sus palabras adquieren una hondura todavía mayor para quienes creen en Dios como fuente última de perdón: "Perdonad y seréis perdonados".

Joaquin Obando Carvajal